

ALIENACION EN LA RACIONALIDAD BUROCRATICA

*Ezequiel Ander-Egg**

Burocracia. He aquí un concepto ambiguo y cargado de connotaciones emocionales, que sirve para designar cuatro realidades distintas:

a) Un sistema de organización definida por un conjunto de actividades precisas para la consecución de unos fines, dentro de una estructura jerarquizada de funciones, no de personas, en el cual los derechos y deberes están fijados de manera impersonal, oficial y, en principio, racional.

b) Un tipo de funcionamiento de los organismos marcado excesivamente por la letra de los reglamentos y por una rutina que resiste la transformación de esos reglamentos.

c) Influencia excesiva de los funcionarios y empleados de las grandes organizaciones, especialmente de la Administración pública.

d) En una cuarta acepción —que también tiene una carga peyorativa y además crítica—, la palabra se utiliza para designar una capa social separada de la masa, pero que se dice al servicio del pueblo o de los afiliados, pero que se aprovecha de situación de dominio. Con este alcance del término se habla de los burócratas de los partidos o sindicatos, también de las iglesias. Respecto de los países del llamado socialismo burocrático, la burocracia está constituida por la clase dominante, que se impone sobre todos los sectores de la vida social y se apropia de la plusvalía gozando de todos sus privilegios: casas o apartamentos lujosos (o al menos confortables), comidas en buenos restaurantes, acceso a comercios especiales, casa de campo, sueldo hasta diez veces superior a la media, centros de descanso prácticamente gratuitos, coches lujosos y, a veces, con chóferes a sus órdenes... y sobre todo, el poder. Todo ello para servir mejor a la causa del proletariado. En este último caso la palabra burocracia designa un poder de decisión escindido e independiente de la base que dirige, a la que dice servir, pero a la que muchas veces usa en su propio beneficio.

La burocracia como tema de reflexión

Desde que Vicente de Gourmay, en 1745, utilizara por primera vez el

* El autor es un científico social de renombre internacional que se ha destacado en los campos de metodología de las Ciencias Sociales y desarrollo de comunidades. Colaborador en el Instituto de Ciencias Sociales Aplicadas en Alicante, España.

término burocracia, el fenómeno ha sido objeto de estudio por parte de las ciencias sociales. Ferguson estudia la burocracia dentro de sus investigaciones sobre el despotismo oriental. Pero es con Max Weber con quien se inicia el estudio científico de la burocracia como fenómeno sociológico autónomo. Para Weber la democracia es el medio que permite introducir racionalidad a la creciente complejidad organizativa de la era industrial. Casi en esa misma época se desarrolla otra corriente de estudio de la burocracia, que ya tenía sus antecedentes en Marx: se trata del estudio de la burocratización del poder y de los partidos políticos, que realizan Lenin, Trotsky, Gramsci, Rosa de Luxemburgo y, desde otra perspectiva, Michels y Mosca. En los Estados Unidos se realizan investigaciones sobre administración científica que implican una mayor racionalidad de la burocracia (Mayo, Taylor y Fayol son los nombres más representativos). También adquieren importancia los estudios sobre gobierno y ciencia de la administración, como los que realizara Friedrich. Más recientemente, Merton estudia como disfuncionalidades de la burocracia los efectos que produce la disciplina burocrática: hiperconformismo, ritualismo, rutina, ineficacia. Los neoweberianos —Argyros y MacGregor, entre otros— estudian la burocracia como un mal necesario, mientras que Burnham, Wright Mills, Marcuse y otros sociólogos críticos ponen su acento en el análisis del proceso de creciente burocratización de la sociedad moderna, tanto en el mundo capitalista como en el mundo socialista.

La burocracia y la burocratización de la sociedad

Después de los análisis weberianos, la tendencia a la burocratización ha sido considerada como paralela o sinónimo de racionalidad, de ahí que la burocracia siga creciendo —a veces de manera cancerosa— puesto que se la considera como instrumento necesario para la administración racional del poder. Por otro lado, el orden social parece ser que no puede funcionar sin burocracia.

Sin embargo, no existe dicitio o insulto que no haya caído contra la burocracia y los burócratas. No por ello tenemos elementos para suponer que la burocracia pueda disminuirse y la tendencia a la burocratización pueda atenuarse. Por lo que podemos predecir a mediano y corto plazo, más bien se barrunta lo contrario. La burocracia —en cuanto organización— parece ser inevitable y necesaria de cara al funcionamiento de la sociedad. Es ilusorio pensar que en la sociedad industrial podrá eliminarse, o bien reducirse notablemente. Los hechos muestran bien claramente que la burocratización, determinada por una serie de factores, aumenta con el desarrollo de la civilización técnica y en todas las formas de organización (iglesia, partidos políticos, clubs, instituciones de enseñanza, empresas, estado, organismos internacionales, etc.).

“Difícilmente —nos dice Suavy— existe un solo individuo que haya tenido algún contacto con oficinas y que no tenga algún reproche o alguna maldición que pronunciar contra ellas. La palabra ‘burocracia’ evoca un mundo de papeleo, de irresponsabilidades, de demoras y, a veces, de opresión y arbitrariedad”.¹ El término está cargado de connotaciones emocionales; las “desviaciones malsanas” de la burocracia son, en nuestro mundo, un lugar común en el que casi todos coinciden en criticar. Recientemente —julio 1980— el célebre crítico e inquisidor de la burocracia en el Estado moderno, Cyril Parkinson, después de escribir 45 libros sobre el tema, con motivo de un viaje a Israel confesó en una reunión de prensa: “lo único que he logrado de los burócratas ingleses es que cambien el texto de un formulario administrativo”. El ya anciano profesor británico dijo que no creía en la posibilidad de readaptar a los empleados de la burocracia para realizar tareas productivas y afirmó que el poder político es incapaz de luchar contra el funcionariado público... Se cumple lo que él mismo había pronosticado y que hoy se conoce como una de las “leyes de Parkinson”: “la burocracia crece independientemente del trabajo que produce”.

El burócrata como alienado

Puestos en la perspectiva y finalidad de nuestro análisis: presentar las formas de alienación y la burocracia como una de las esferas en donde se produce la alienación, las cuestiones anteriores constituyen una referencia a debates y análisis de la burocracia que marchan en otras direcciones, pero sirven para situar nuestro problema. Aquí nos interesa plantear el tema en otro aspecto: la alienación en la burocracia expresa también la alienación más global que el hombre sufre en la sociedad tecnoburocrática de consumo dirigido.

Burocracia = racionalidad, se dice desde los análisis weberianos. La burocracia aparece como una consecuencia de la necesidad de introducir racionalidad en la organización urbana e industrial del mundo moderno. Nosotros queremos presentar “la otra cara de la burocracia” y no precisamente aquella de la que habla Charles Page, a quien pertenece la expresión, para hacer referencia a la organización informal (actividades e intercambios no oficiales). La otra cara de la burocracia es la burocracia como aparato en donde el hombre se aliena.

Una organización no aliena por ser organización, pero la burocratización del hombre, ya sea en la organización como en la sociedad, imprime en el individuo un sello que se manifiesta en las actividades, en el modo de pensar y de actuar y en las relaciones humanas. La conciencia individual y

¹ Sauvy, Alfred. *La burocracia*. Eudeba. Buenos Aires, 1968.

la conciencia de grupo de los burócratas, en cuanto capa social, configura un tipo de personalidad funcional a la sociedad tecnoburocrática de consumo. Este tipo de personalidad o carácter social, no sólo es necesario y funcional a la organización, sino también a la sociedad global, habido cuenta de sus características estructurales. La conciencia y el estilo del burócrata es lo exterior, o si se quiere, es lo exterior disfrazado de interioridad; el burócrata tiene metida dentro la tecnoburocracia.

¿Qué hacer frente a la mecanización y burocratización de la existencia dentro del termidero, cada día más sólido de las organizaciones?... El problema ha sido planteado, pero aun las corrientes que reaccionan contra la concepción “mecanicista” de Weber y Taylor tienen de la organización social, y que dan lugar a los estudios sobre “individuo y organización” (Mayo, Lewin, Moreno) y al movimiento de las “Humans Relations”, están muy lejos de llegar al núcleo del problema de la alienación en el trabajo y en la organización. Se trata (en estos enfoques) de lograr una modalidad de trabajo sin mayores inconvenientes, estableciendo buenas relaciones a nivel horizontal (otorgando importancia a los grupos informales) y a nivel vertical, donde las relaciones humanas no son otra cosa que una técnica de manipuleo para lograr mayor productividad dentro del sistema de relaciones sociales que es la empresa o la organización.

Síntomas de la enajenación burocrática

Retomando el tema sobre el burócrata como alienado, cabría intentar exponer algunos síntomas de esa alienación. Estas manifestaciones más particulares de la alienación en la burocracia hay que añadirlas a lo que puede ser la alienación en el producto y en el proceso de su actividad. La enajenación en la racionalidad burocrática tiene los siguientes síntomas principales:

La eliminación de toda iniciativa y de toda expresión creativa: El burócrata hace lo que hace aplicando al pie de la letra lo ya establecido. No quiere complicaciones (tiene aversión visceral al riesgo); de ahí que, además de no innovar, no hace nada si no hay un papel de por medio; todo debe estar contenido en una nota o expediente. Corolario de esta falta de iniciativa es la ausencia de toda expresión creativa y la capacidad de paralizar las mejores iniciativas.

No emprender nada, no crear nada, es una atrofia de la persona, es transformarse en una especie de robot que funciona conforme al reglamento y la ley. La iniciativa pasa del individuo a la organización y, cuanto mayor es la organización, más se convierte en un engranaje de la máquina. Automatas enajenados, los burócratas han internalizado la necesidad de hacer conforme lo que establece la organización, con prescindencia de los

propios sentimientos, pensamientos o convicciones, todo lo cual el burócrata suele perder en aras de la organización.

A la hora de analizar la rutina del trabajo burocratizado, la principal constatación que se hace —desde una perspectiva psicosocial— es que esta mecanización conduce a la gente para que en su vida concreta —al menos en su tiempo dentro de la organización— este conductualmente robotizada. De este modo se produce una especie de inhibición y sumisión de la conciencia de cara a sus aspiraciones más humanas, al mismo tiempo que se bloquea todo aquello que puede llevar a emprender caminos no transitados. La persona, en esta circunstancia, ya no trabaja para la organización, es una parte de la organización; el poder del rito le impide salir de la repetición de actos tradicionales. El burócrata no puede imaginar ningún futuro que no sea su carrera burocrática hasta la jubilación, con la esperanza que se le reconozca —después de 25 ó 40 años de trabajo— que “siempre ha sido fiel a la institución”.

La automatización y estereotipia de las conductas: El burócrata estructura y funcionaliza sus conductas, a fin de que la organización donde está inmerso e inserto pueda alcanzar sus objetivos sin perturbaciones. No es que quiera *hacerse así* de manera deliberada; *lo hacen así* de una manera sutil y clandestina. Por eso el burócrata es un hombre estereotipado, conformado en su personalidad tanto por los reglamentos, las normas de conducta y las tareas, como por las funciones y la pretendida ideologización de la burocracia. ¿Qué es el burócrata sino su empleo, su función, su puesto en la escala jerárquica, en fin, sino los roles impersonales que desempeña?

Su automatización suele llegar a tal grado que aún sus reacciones espontáneas suelen estar estereotipadas. La ética burocrática es la consagración de las virtudes de rebaño; no hay que salirse de los moldes, el comportamiento debe ser “correcto” dentro de las normas que establece el manual de procedimientos: en él se indica cómo se debe desempeñar el trabajo y cuáles son los procedimientos a seguir. *Yo*, podría decir el buen burócrata, *soy la encarnación del manual de procedimientos...* ¿Hay algo pero —pregunta Lefebvre— que la buena conciencia racionalizada, institucionalizada y burocratizada?

La despersonalización: Son muchos y variados los factores de despersonalización dentro de nuestra sociedad; la burocratización es uno de ellos. ¿Por qué?, simplemente porque el burócrata no trabaja con personas de carne y hueso, sino con fichas, expedientes y legajos. La moral burocrática engendra modelos de comportamiento despersonalizados e insolidarios. Aun cuando tenga trato con personas, no se relaciona con las personas en cuanto tales, sino en cuanto están implicadas en un expediente o “dossier”. El burócrata es químicamente puro, incoloro, inodoro e insípido; cuanto más, llega a ser un tecnócrata con olor a lavanda inglesa. El estilo burocrá-

tico se resume en una regla de oro: lo importante es sobrevivir dentro de la organización, ascender y jubilarse entre los mejor colocados... No es un proyecto de vida muy personalizante que digamos.

Con todo, lo más trágico del burócrata es la dicotomización de la existencia, entre lo que es como funcionario y lo que es como persona, de ahí que, al menos en principio, el burócrata es indiferente respecto del poder político o ideología a la que sirve. Ahora bien, esta neutralidad funcional conduce irremediabilmente a la neutralidad psicológica personal.

Los burócratas temen la responsabilidad personal y se refugian tras sus reglamentos; su seguridad y su orgullo se basa en su adhesión a las reglas, y no en una lealtad a las leyes del corazón humano.

Erich Fromm

¿Qué quiere la burocracia del burócrata? "Se quiere un esclavo puntual, no un razonador. Se quiere su obediencia, no se necesitan sus reflexiones. Se quiere que ejecute, no que comprenda, y menos aún que pese, juzgue, confronte, tergiversar, rehúse, exija..."² En este texto de Vercors se resume, de manera sobria y aguda, la despersonalización del burócrata.

Pero estas consideraciones sobre la alienación en la burocracia requieren un comentario final. Vivimos en un mundo cada vez más encuadrado por la organización o, si queremos decirlo de manera más precisa, más enmarcado por la racionalidad tecnoburocrática. No sólo el Estado y las empresas se han tecnoburocratizado; marchamos hacia una tecnoburocratización de toda la sociedad.

El hecho no es insólito si lo examinamos a la luz de los códigos de civilización que subyacen en nuestra sociedad: la tecnoburocracia es la culimanciación y cristalización de la racionalidad fáustica. El tecnócrata es el hombre fáustico de la segunda mitad del siglo XX, es el producto acabado de la civilización fáustica.

Cerramos, pues con un interrogante: ¿es que la marcha hacia la tecnoburocratización de la sociedad, nos lleva a la burocratización de la existencia? ¿Vamos hacia una cultura tecnoburocratizada? ¿En una sociedad organizada sobre bases tecnócratas, es posible la libertad?

² Vercors. *Plus on moins homme*. París, 1949.

El peligro del pasado era que los hombres se convirtiesen en esclavos, y el peligro del futuro es que los hombres se conviertan en robots.

Erich Fromm

La adaptación como alienación o la patología de la normalidad

Recuérdese el análisis precedente: lo esencial de la alienación en la burocracia es que ésta elimina la iniciativa, estereotipa la existencia y conduce a una despersonalización caracterizada por la neutralidad psicológica. La alienación en la adaptación no es otra cosa que la aceptación acrítica de las normas sociales y de las pautas del comportamiento. Como partimos del supuesto —a partir del conocimiento que tenemos de la realidad— de que la sociedad actual es una sociedad enferma, hablamos de la adaptación como patología de la normalidad. Una persona totalmente normal en nuestra sociedad es una persona psicológicamente enferma; una persona adaptada es una persona alienada.

Nuestro tema y nuestro problema es analizar la adaptación como alienación, expresada en la asunción de normas sociales y pautas de comportamiento propuestas por una sociedad enferma.

Para estudiar esta cuestión, en primer lugar debemos comprender cómo se adquieren las normas y pautas sociales. Ya es un lugar común en la sociología y la psicología actuales explicar por la socialización el proceso mediante el cual el individuo internaliza las normas y pautas de comportamiento que configuran su personalidad conforme a las expectativas de esa sociedad.

Ahora bien, si el “yo” es un “producto social” que debe ser adquirido, hecho y desarrollado en un proceso en el cual surge la personalidad, es evidente que lo social —o la sociedad— no sólo influye en las estructuras biológicas y psíquicas del individuo, sino en el conjunto de sus comportamientos sociales. Sólo dentro de la sociedad emerge el “yo” y se desarrolla la personalidad. Pero este proceso —llamado de socialización o de aprendizaje social— configura al individuo de acuerdo a lo establecido: “trata de adaptarte a la sociedad en que vives”, parece ser la fórmula que resume el principal patrón de comportamiento. Buena parte de las relaciones de las personas entre sí, están establecidas de antemano. Cada individuo debe actuar de acuerdo a un libreto prescrito y prefijado. No podía ser de otra manera; de lo contrario la vida social sería imposible.

Puede decir, por consiguiente que en la vida social, o vida en sociedad, existen normas y conductas estandarizadas que son socialmente aprendidas; ellas permiten establecer relaciones mutuas y capacitan para que los individuos y grupos cumplan con los requisitos de la vida social. Estas costumbres, usos y convenciones colectivas actúan coercitivamente sobre el

individuo que apela a ellas como soluciones habituales o respuestas prefabricadas. Mientras la naturaleza es para el hombre un "mundo exterior", la sociedad es un mundo en el cual el hombre existe como parte de él, al mismo tiempo que la sociedad configura existencialmente al individuo su modo de ser y de actuar. De este modo, cada persona inserta en la trama de la sociedad se encuentra ante la alternativa de vivir "la pseudo-vida de la convencionalidad", o bien en la situación opuesta, vivir enérgicamente fiel a su autenticidad. Entre ambos polos se dan todas las ecuaciones intermedias, pues se trata de una "ecuación entre lo convencional y lo auténtico, que en cada uno de nosotros tiene cifras distintas".³

La patología de la normalidad

Admitida esta realidad que muy pocos discuten hoy, y avanzando en nuestro análisis, nos enfrentamos con el siguiente problema: si la sociedad está enferma, el adaptarse a la sociedad aceptando los estereotipos sociales que ella impone, implica a nivel individual una patología de la normalidad. Dicho en otras palabras: nos encontramos con que el ser normal o la normalidad es una forma patológica de ser. Consiste en vivir normalmente y como natural una realidad enferma; la normalidad es, entonces, una forma de enfermedad.

Hay que aprender un rol e interpretarlo siempre; hay que aprender un código y recitarlo siempre. Hay que "acomodarse" a lo existente. En ese ajuste y acomodación la identidad propia queda más o menos diluida a través del papel que interpreta. Cuando el individuo queda definido por lo externo, la búsqueda de "aparentar ser" a través de lo que se tiene, conduce inevitablemente a la fatuidad y trivialidad de la vida cotidiana en el estilo o modo burgués de ser en el mundo. Por eso el ajuste y la acomodación, en una sociedad alienada y alienante, hace que la existencia sea una mascarada, con frecuencia tragicómica. En efecto, quien actúa en todo "normalmente" y se acomoda a lo existente, no tiene identidad propia; no es Humberto, Carmen, Oscar o Adela; es el "empresario", la "profesora", el "farmacéutico", la "panadera", o sea el papel que desempeña e interpreta de acuerdo a los convencionalismos y las normas establecidas.

Cada hombre no puede seguir una vía inédita, pues la vida de convivencia sería imposible. Lo que deseamos mostrar, por contraste, es la patología de la normalidad; o sea, cuando lo que se hace, se hace impuesto por una sociedad enferma o una dimensión enfermiza de la misma. La vida social en una sociedad enferma, hace que nuestra vida personal sea inauténtica y alienante; nos dejamos llevar por las decisiones de los demás y por

³ Ortega y Gasset, José. *El hombre y la gente*. Rev. de Occidente. Madrid, 1957.

sus gustos. No asumimos nuestras propias responsabilidades, sino que nos diluimos en los otros. No hay proyecto de vida personal, porque la existencia es un dejarse llevar por los acontecimientos y por las cosas; es un instalarse cómodamente en la vida, acomodarse a lo que sucede, vivir superficialmente desde la exterioridad que conduce a la vida personal.

Quien transgrede este orden, afirmando su condición de persona libre, queda excluido como “irrazonable” o “desviado social”. Si el orden existente es un orden fundado en el dinero, el consumo y el “status”, no respetarlo es atentar contra los fundamentos del sistema. Asumir otros valores es subversivo, con mayor peligrosidad que el terrorismo en cuanto a la realización de cambios profundos. El terrorista destruye; el otro, con su prefiguración personal de un nuevo hombre, hace realidad la utopía. Por eso Jiménez Lozano se pregunta: “¿cuántos herejes e inconformistas quedarán para ayudarnos a ser hombres?”.

Cuando una persona está perfectamente “ajustada” a la sociedad en que vive, manifiesta una serie de conductas deshumanizantes. Examinemos algunos síntomas de la patología de la normalidad.

La mitificación del justo medio

La patología de la normalidad se expresa en una conducta muy generalizada: *la mitificación del “justo medio”*. Esto es natural en una sociedad que considera que estar en el “centro” es expresión de equilibrio y madurez, de virtud y sensatez. “Los excesos siempre son malos”, es la frase repetida hasta la saciedad por los “equilibrados”. Los extremos siempre merecen reprobación.

Admitido este presupuesto axiológico, la ética del “justo medio” exige guardar ciertas normas y conductas que son expresión de “buena educación”. Esto crea un estilo de vida personal que, cuanto más aséptico, mejor se conforma a este modelo. Este equilibrio del “justo medio” que se mueve entre dos extremos posibles de actuación, no sólo se considera la manera correcta de actuar, sino también como la mejor manera de actuar del hombre. Con esto, una serie de convencionalismos adquieren categoría de “formas inherentes” a la naturaleza humana o de formas de ser propias de la persona humana.

El culto supersticioso a lo establecido

Otra manifestación de la alienación en la “normalidad” es el *culto supersticioso a lo establecido* por la sociedad y que ésta considera importante. En este nivel de alienación tenemos el culto, en el sentido de homenaje, respeto y sumisión que se tributa a los títulos honoríficos y a los títulos universitarios. En otro orden, pero ligado a lo anterior, están los

cultos a los cargos públicos (el presidente, el ministro, el gobernador, el senador, etc.) o a las jerarquías (su eminencia, su ilustrísima, su excelencia, etc.). Idolatramos funciones y denominaciones, porque no somos capaces de amar a los hombres completos. En este caso la incapacidad proviene no porque las relaciones estén mediatizadas por el dinero, sino por las “etiquetas” (ya sean títulos, cargos o jerarquías).

Y aceptar todo esto es actuar de acuerdo con la normalidad. Frente a tal concepción surge obvia esta pregunta: ¿cómo es posible aceptar una jerarquización social —con todo lo que de ella se deriva— por la sola posesión de una denominación?... Es sorprendente que no nos sorprendamos.

El conformismo

Pero la alienación en la normalidad, es también alienación en el *conformismo*. Que la gente sea individualista, no significa que tenga ideas propias, convicciones propias, decisiones propias. Simplemente lo que sucede es que “sus”... ideas, convicciones o decisiones son las de la mayoría de la gente. El querer singularizarse es con frecuencia conformidad con el rebaño, ya sea por lo que establece la moda, como por el sometimiento a pautas impuestas desde fuera. “La conformidad tipo rebaño —nos dice Fromm— ofrece tan sólo una ventaja: es permanente y no esporádica. El individuo es introducido en el patrón de conformidad a la edad de tres o cuatro años, y a partir de ese momento, nunca pierde contacto con el rebaño. Aún su funeral, que él anticipa como su última actividad social importante, está estrictamente de acuerdo con el patrón”.⁴

¿Qué otra cosa es —y lo señalamos a modo de ejemplo— la “singularidad” “hippy” en un país del tercer mundo? Se es conformista aun bajo formas de seudosingularidad. La seguridad que proporciona la conformidad tipo rebaño tiene un precio relativamente módico: hacer lo que hacen los otros, renunciando a andar por caminos no explorados. Ser alguien es un hecho personal, ser rebaño es diluirse en la impersonalidad.

Aceptar lo establecido —la acomodación y el ajuste a la sociedad— es una necesidad para el sistema. Ya se trate del hombre productor, consumidor o ciudadano, lo que de él se pide es que se integre en la maquinaria social, vistiendo, hablando, pensando y actuando conforme a las exigencias funcionales del sistema. Cuanto más automáticamente funciona tanto mejor.

Blest Gana ha estudiado con gran agudeza el estereotipo que produce la sociedad burguesa. Los individuos, dice, adquieren en general el carácter de fantoches encasillables en el papel que su máscara les indica. Para el

⁴ Fromm, Erich. *El arte de amar*. Paidós. Buenos Aires, 1947.

autor mencionado es posible intentar una tipología —aunque no la llame así— distinguiendo tres tipos de “tontos” que produce esta sociedad (cambiamos “tonto” por “alienado”, aunque no es lo mismo, y el análisis sirve para nuestro tema).

Tres son las formas estereotipadas que se dan en nuestra sociedad: “los *tontos satisfechos*, que critican sin compasión, no hacen nada importante porque no les da la gana; pocas mujeres les resisten; hablan sólo de miles de pesos (de millones se diría hoy con la inflación). Han ido o piensan ir a Europa... para todo ellos la gran cuestión es el traje. Los *tontos simples* viven a la sombra de los primeros y en continua admiración de sus proezas... para ellos el estudio es cosa de literatos; la política, negocio de “pelados”. Y por último están los *tontos graves*: están siempre con el pie en la escala de los honores y de las rentas fiscales. Tienen el talento del hombre que no dice nada y el genio de no chocar con ninguna de las preocupaciones reinantes, los empleos los buscan, porque el tonto grave no compromete ninguna situación ni tiene opinión propia; es una especie preciosa para fabricar ministros de Estados, senadores y consejeros; el tonto grave es conservador por excelencia, conserva los modos viejos, las ideas viejas, las conservaciones viejas... tiene a los libros una antipatía clásica... no habla nada... pero la ignorancia del vulgo le creará capaz de milagros”.⁵

El miedo a ser diferentes

Existe un temor a singularizarse y este temor nace, como lo explica Fromm, del “poder del miedo a ser diferente, a estar sólo unos pocos pasos alejado del rebaño”. En nuestra sociedad el ser diferente —no prestarse al juego de competencia y consumo— basta para que a uno lo cataloguen de “inadaptado” con toda la carga negativa y peyorativa del término. Por eso, volvemos otra vez a la explicación de Fromm, la “mayoría de las gentes ni siquiera tienen conciencia de su necesidad de conformismo. Viven con la ilusión de que son individualistas, de que han llegado a determinadas conclusiones como resultado de sus propios pensamientos —y que simplemente sucede que sus ideas son iguales que las de la mayoría. El consenso de todos sirve como prueba de la corrección de “sus” ideas.”⁶

Es preciso subrayar, además, que salir del rebaño es hartamente difícil, puesto que en nuestra sociedad, se consideran como hechos de inadaptación y conflictivos todos aquellos que perturban el “orden establecido”. Los planteos y conductas “inadaptadas”, es decir, diferentes de lo establecido, no constituyen problema cuando se dan en el ámbito de la ciencia y de la

⁵ Blest Gana, Alberto. *El ideal de un calavera*. Ed. Zig Zag. Santiago de Chile, 1943.

⁶ Fromm, Erich. *Op. cit.*

técnica, por el contrario, esta “inadaptación” es elogiada y considerada un valor o un ideal. Pero en el ámbito de la sociedad, lo que no se “adapta”, es motivo de crítica y resistencia. El hombre desde que nace, es “moldeado” para que se adapte al orden social existente. Pensemos lo que esto significa cuando se trata de un orden social como el nuestro, que mantiene situaciones de desigualdad, injusticia y explotación y que establece formas de relaciones sociales deshumanizadas. A nivel personal, “el miedo de pasar por un ‘solitario’, un ‘anormal’, un ‘loco’, no es sino el deseo de conquistar la seguridad, la quietud, la confianza, la comodidad, liberándose de la angustia de las decisiones, de la responsabilidad de crear su propio destino.”⁷

Frente al miedo de ser diferente, se necesita de una gran dosis de coraje y de valor para no temer singularizarse, cuando la mayoría se acomoda y se adapta para “funcionar” sin perturbaciones en esta sociedad.

Indudablemente, la adaptación es una “virtud” conservadora y alienante, puesto que una sociedad enferma mantiene su enfermedad y enferma al individuo cuando lo “adapta”, o lo que es lo mismo, cuando lo “domestica” conforme a las normas del orden establecido.

Ahora bien, cuando una sociedad imposibilita u obstaculiza a las personas para que puedan realizarse, es necesario romper el “equilibrio”, y el desajuste-conflicto resulta constructivo y signo de salud. El “orden” suele ocultar el verdadero desorden de las injusticias, y en la injusticia, la adaptación, la acomodación y el ajuste del individuo en relación a otros individuos, a grupos y a la sociedad (desde la familia, pasando por la empresa, hasta la sociedad política), no es otra cosa que un procedimiento para hacer feliz en la alienación mediante un proceso educativo que, en realidad, es un aprendizaje de la resignación, que actúa como amortiguador de los conflictos existentes.

¿Por qué hablamos de la adaptación como patología de la normalidad? “Si definiésemos la normalidad por la *adaptación*, mataríamos todo progreso. El hombre progresa porque está inadaptado, y para eliminar su inadaptación transforma el entorno. Muchos adultos que parecen normales, están en realidad demasiado adaptados. A la sociedad que hace al hombre, Belot oponía la sociedad que el hombre hace. Para Duyckerts, “el hombre normal se define no tanto por la adopción de tal o cual línea de conducta determinada “a priori”, sino más bien por la actitud general... el hombre no es sólo lo que la historia hace de él, sino también lo que él hace de la historia.”⁸

En suma: conformismo, justo medio y acomodación a la sociedad

⁷ Sebrelli, Juan. *Vida cotidiana y alienación*. Siglo Veinte. Buenos Aires, 1964.

⁸ La Croix, Jean. *Psicología del hombre de hoy*. Madrid, 1965.

suelen constituir expresiones de la patología de la normalidad. Por eso nos parece oportuno cerrar estas reflexiones con unas palabras de George Bernard Shaw: "El hombre 'razonable' se adapta al mundo; el 'irrazonable' trata siempre de adaptar el mundo a sí mismo. Por lo tanto, todo el progreso depende del hombre irrazonable."

